Elementos para una teología paulina del trabajo. En torno al documento «¿Qué es el hombre?»*

*Elements for a Pauline Theology on Work.
Some Reflections on the Document «What is Man?»*

RECIBIDO: 26 DE ENERO DE 2021 / ACEPTADO: 8 DE MARZO DE 2021

Juan Luis CABALLERO

Universidad de Navarra. Facultad de Teología
Pamplona. España
ID ORCID 0000-0001-8253-5751
jcaballero@unav.es

Resumen: El reciente documento de la PCB, «¿Qué es el hombre?», dedica un epígrafe a la realidad del trabajo. Su análisis se centra sobre todo en el Antiguo Testamento. Queda pendiente, por tanto, una aproximación al Nuevo. Este artículo busca ofrecer, partiendo de lo apuntado por el documento, unos elementos y una articulación entre ellos sobre la que desarrollar, en concreto, una teología paulina del trabajo. Como se propone, estos elementos deben sacarse de todas las áreas de la teología, aunque, al final, confluyan en la antropología: el misterio de Dios, la creación, la cristología, la eclesiología, la moral y la escatología.

Palabras clave: Trabajo, Pablo, PCB, Antropología, Creación, *κοινωνία*, Recapitulación, Dominio.

Abstract: The recent document of the PCB, «*What is man?*», devotes a section to the reality of work. Its analysis focuses mainly on the Old Testament. Therefore, an approximation to the New Testament is still pending. With the indications of the PCB document as a starting point, this article seeks to identify and articulate elements from which a specifically Pauline theology of work may be developed. As proposed, these elements must be drawn from all areas of theology – the mystery of God, creation, Christology, ecclesiology, morals, and eschatology – although they ultimately converge in anthropology.

Keywords: Work, Paul, PCB, Anthropology, Creation, *κοινωνία*, Recapitulation, Dominion.

* Este artículo se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación «El significado del trabajo en la teología reciente», dirigido por los profesores Gregorio Guitián y Ana Marta González.

El último documento de la Pontificia Comisión Bíblica (PCB), «¿Qué es el hombre?»¹, se presenta, según reza su subtítulo, como un tratado de antropología bíblica: «El presente Documento pretende ser una interpretación fiel de toda la Escritura sobre el tema antropológico»². En el artículo de Giuseppe de Virgilio publicado en este mismo número³ se ofrece una visión general de su naturaleza y su contenido. Recordemos aquí que consta de una introducción, cuatro capítulos y una conclusión. Esos capítulos son: «El ser humano creado por Dios» (nn. 14-68); «El ser humano en el jardín» (nn. 69-149); «La familia humana» (nn. 150-265); «El ser humano en la historia» (nn. 266-346). El capítulo segundo consta de tres epígrafes: «El alimento del hombre» (nn. 76-102); «El deber del trabajo confiado al hombre» (nn. 103-138); «Los animales como ayuda del hombre» (nn. 139-148). Los números dedicado al trabajo participan del carácter de tratado, desde la perspectiva de la antropología bíblica, sobre una realidad humana tan fundamental como es el trabajo, y constituyen un buen punto de partida para posteriores desarrollos sobre el tema.

Una lectura atenta delata que el estudio sobre el trabajo reflejado en el documento se centra fundamentalmente en el Antiguo Testamento (nn. 103-134). Queda, por tanto, una gran labor por hacer, incluso de base, por lo que respecta al Nuevo. El documento dedica, en concreto, bastante poco espacio a las reflexiones realizadas en los escritos paulinos, y estas aparecen concentradas en el último subapartado dedicado al trabajo apostólico de Pablo (nn. 137-138). ¿Es esto debido a la concepción de trabajo que maneja el documento? Esto es lo que podría verse tras la afirmación:

«Los relatos y los discursos *evangélicos* no muestran particular interés por los trabajos destinados a obtener resultados tangibles de orden económico. Es decir, no ofrecen modelos o directrices que introduzcan elementos innovadores respecto a las tradiciones del Antiguo Testamento»⁴.

Este artículo busca, por un lado, poner de relieve las ideas centrales del documento en torno a la realidad del trabajo e, indirectamente, detectar qué

¹ «*Che cosa è l'uomo?*» (Sal 8,5). *Un itinerario di antropologia biblica*, Roma: LEV, 2019 (el documento lleva fecha de 30 de septiembre de 2019); en español: «¿Qué es el hombre?» (Sal 8,5). *Un itinerario de antropología bíblica*, Madrid: BAC, 2020. De aquí en adelante nos referiremos al documento como QH.

² QH, n. 4. Cfr. BOVATI, P., «“Che cosa è l'uomo”. Il nuovo Documento della Pontificia Commissione Biblica», *La Civiltà Cattolica* 171 (2020) 209-220.

³ DE VIRGILIO, G., «Cerca il suo volto!» (Sal 23,4). Aspetti del documento «*Che cos'è l'uomo?*» (Sal 8,5), *Scripta Theologica* 53 (2021) 151-168.

⁴ QH, n. 135.

entiende por «trabajo». Por otro lado, pretende ofrecer unos elementos que sirvan para elaborar una teología paulina del trabajo. Estos elementos harán referencia a las categorías teológicas y antropológicas centrales usadas por Pablo en sus escritos. No se trata, por tanto, de estudiar qué dicen sus cartas sobre el trabajo, sino de esbozar una teología sobre el trabajo usando las categorías paulinas⁵. Estos elementos, como se verá, están ya presentes, como germen, en lo que dice el documento, aunque a menudo no explicitados ni desarrollados. La propuesta fundamental de las líneas que vienen a continuación es que el concepto de trabajo presente en la Sagrada Escritura tiene una dimensión antropológica y teológica que engloba y supera el mero carácter económico-productivo de las categorías empleadas en el pensamiento moderno.

1. LÍNEAS MAESTRAS DEL DOCUMENTO DE LA PCB

De la exposición del documento se pueden entresacar unas ideas fundamentales, que servirán más tarde como referencia para ofrecer los elementos para una teología paulina del trabajo.

El texto comienza con unas consideraciones sobre la bondad del trabajo –con él se hace surgir «lo bueno»⁶–, y esto a pesar de que conlleve esfuerzo y fatiga⁷; sobre su condición de actividad que sirve para el sustento y para procurar calidad de vida; y sobre su ser encargo de Dios al hombre. Es más, el hombre, como imagen y semejanza de Dios, está llamado a imitar a Dios en su obrar. Al mismo tiempo, se pone de relieve tanto el poder que ha sido dado al hombre en cuanto colaborador en el «perfeccionamiento» de la creación, cooperando así a la vida de todos, como el riesgo que esto comporta cuando ese poder no se ejerce rectamente:

«Se reconoce que al hijo del hombre se le ha dado el “poder” de intervenir en el mundo, haciendo el “bien”, de modo que la misma creación sea, por así decir, llevada a la perfección por la aportación obediente del hijo de Dios»⁸.

⁵ Esta aproximación es la de SCHLIER, H., *Grundzüge einer paulinischen Theologie*, Freiburg: Herder, 1978; en español, *Fundamentos de una teología paulina*, Madrid: BAC, 2016, en concreto, IX-XXV.

⁶ Dios mismo comienza haciendo esto con sus acciones: cfr. Gn 1,4.10.12.18.21.25.31; 2,9.12.

⁷ Gn 3,17.19; 5,29; Jb 7,1-2; Is 40,28-30.

⁸ QH, n. 104.

Obrar con sabiduría y amor es fundamental para que haya verdadero fruto en el trabajo⁹.

El trabajo es visto, por tanto, como instrumento de relación entre los hombres: allí se realizan sus aspiraciones de comunión y vida:

«El espíritu de sabiduría, dúctil y multiforme (Sb 7,22-23), será visible en la obra humana, en particular en sus diversos oficios y en las variadas ocupaciones que, en la historia, exaltan la creatividad inteligente de los seres humanos al servicio del bien común»¹⁰.

No se puede ignorar, en todo caso, que el trabajo es una realidad marcada por la imperfección y el pecado; depende del corazón del que trabaja el que lo que se procure sea comunión y vida o desunión y muerte¹¹:

«Con este relato [Caín y Abel], la Escritura no pretende enseñar que hay una profesión buena (la de pastor) y una mala (la de agricultor), sino que más bien se ha de hacer el bien en aquella que se ejerce, sin perjudicar el derecho de aquellos que tienen una ocupación diferente. (...). Lo que es digno de elogio no es el trabajo en sí mismo, sino el modo de ejercerlo. Incluso lo que es bueno puede transformarse, debido a una mala orientación del corazón, en ocasión de abuso»¹².

1.1. *La obra de Dios*

Al hablar del trabajo, el documento fija como coordenadas esenciales la creación y el encargo que Dios hace al hombre. Dios trabaja y descansa (Gn 2,2-3). Él no deja de obrar, sino que está presente activamente en la historia¹³. Para hablar de esta forma de intervenir, la Sagrada Escritura emplea diversas metáforas referidas a profesiones como la de alfarero, fundidor, constructor o agricultor¹⁴. Pero el actuar de Dios no es siempre fácil de comprender¹⁵,

⁹ Jr 10,12; 51,15; Sal 104,24; 136,5; Prov 3,19-20; 8,22-31. QH, nn. 103-105.

¹⁰ QH, n. 104. Cfr. 1 Cor 12,7-11. Sobre la diversificación del trabajo, véanse los nn. 110-111.136.

¹¹ QH, nn. 109-112.128. El documento menciona, en concreto, los relatos de Caín y Abel, la Torre de Babel (cfr. Gn 11,6), Sodoma (cfr. Gn 19,1-29) y las ciudades granero del Faraón de Egipto (cfr. Ex 1,10-11.13-14; 5,10.14).

¹² QH, n. 110.

¹³ Dt 32,4; Is 5,12; 26,12; 43,13; 45,12.18; 46,10-11; Jr 10,12-13; 14,22; 27,5; Ha 3,2; Jn 5,17.

¹⁴ Sal 80,9-10; Is 5,1-7; 27,3; 29,16; 43,7; 44,2.26; 60,21; Jr 2,21; 18,6.9; 24,6; 31,4; Ml 3,2.

¹⁵ Jr 9,11; Os 14,10; Sal 92,6-7; 107,43.

aunque queda claro que cada acto suyo expresa su propósito salvífico en orden a la nueva creación¹⁶. Dios da a conocer su presencia activa en el mundo a través de los profetas¹⁷.

1.2. *El hombre, guardián de la creación*

Al hombre se le ha encargado «labrar» (en hebreo, עבד; en griego, ἐργάζομαι) y «guardar» (en hebreo, שמר; en griego, φυλάσσω) el jardín de Edén (Gn 2,15). Esta tarea, que es una llamada al amor y ha de realizarse en «colaboración» con Dios, no cambia después de la expulsión de Edén (Gn 3,23). El documento se detiene en las implicaciones de estos términos.

El trabajo humano se presenta, por un lado, como una actividad transformadora, que no creadora, aunque ciertamente introduzca en la historia elementos de novedad: el hombre es «artífice creativo». La expresión «guardar», por otro lado, fija unos límites al trabajo humano: se trata de integrar consumo y conservación, de guardar la vida, de implicarse en la salvaguarda de la vida, de aprovechar lo que Dios ha puesto en nuestras manos sin menoscabar el principio de la vida, de tutelar el elemento beneficioso para el ser humano¹⁸. La creación ha de ser protegida del orgullo y de la codicia. Para ello es vital saber qué es lo que se tiene entre manos. Conocer el designio de Dios y secundarlo. Cuando se rechaza su señorío, la tierra sufre: el esplendor o decadencia del mundo es síntoma de la relación del hombre con Dios, del obrar justo o injusto¹⁹. El don que el hombre ha recibido de Dios es un bien sagrado. Por eso, cualquier acto devastador es una ofensa al Señor²⁰.

Dios nos ha confiado la tierra como una llamada al amor a la propia naturaleza, pero, sobre todo, como una llamada a amar a los que comparten esa misma naturaleza y a sus hijos, los que la heredarán. Por tanto, guardar la creación es mantener un determinado bien en el tiempo. La protección de eso que ha sido puesto en nuestras manos no se lleva a cabo, sin más, con la no intervención, sino proponiendo activamente tareas que protejan a la naturaleza de la degradación. Esto supone un esfuerzo creativo, movido, en último término, por el amor a los hombres. Este esfuerzo es colaboración con el obrar de Dios:

¹⁶ Is 43,19; 44,23; 66,22; Jr 2,19; Am 9,12; Ha 1,5; Prov 16,4.

¹⁷ QH, nn. 133-134.

¹⁸ Gn 6,14-16.19-21; Dt 20,19-20; 22,6-7.

¹⁹ Lv 18,25.28; Is 24,4-6; Os 4,1-4; etc.

²⁰ QH, nn. 106-108.

«Sin Dios la actividad humana está destinada al fracaso, mientras que con Dios es creativa y provechosa (...) (Sal 127,1)»²¹.

1.3. *Las leyes del trabajo*

Según el documento, la actividad laboral ha de desarrollarse conforme a unas leyes para poder responder al designio del Creador y Señor. Se insiste, por un lado, como ya se ha mencionado, en que lo importante no es tanto el trabajo concreto que se hace, como el modo de llevarlo a cabo y las intenciones con que se realiza. El trabajo no puede convertirse en espacio de autoafirmación arrogante, tiranía o esclavitud de terceros, sino que ha de ser verdadero servicio: don en beneficio de otros²². Dios mismo, al crear y estar providentemente presente en la historia humana, se ha puesto a nuestro servicio; de Él aprendemos la verdadera naturaleza del trabajo.

En el Antiguo Testamento encontramos diversas directrices que afectan tanto al sujeto que trabaja como a las relaciones que se establecen por motivo del trabajo²³. El documento da especial relevancia al «sábado», día de descanso, que asume la función de límite, convirtiéndose en «signo» de consagración del tiempo («para santificarlo») y signo de la relación con Dios («para el Señor»):

«(...) el día privilegiado en el que se pide al israelita que suspenda sus actividades, para que pueda expresar simbólicamente su pertenencia a la alianza con el Dios de la creación y de la redención. Adherirse al Señor equivale a acoger reverentemente su don. Renunciando a la obra de sus propias manos, el creyente abandona sus ídolos, que insensatamente pretendían ser principio de vida (mientras que, al contrario, lo hacen esclavo, Ex 20,4-5; Dt 5,8-9). Y en la radical pasividad de su ser, dice que existe solo porque Dios obra en él y en todo lo creado. Por otra parte, el sábado es el día en el que el fiel imita a su Dios, ajustándose a lo que el Señor ha hecho “al principio” del mundo y de la historia salvífica. (...). Lo mismo hará el ser humano: en su trabajo actualizará la obra divina, y el sábado disfrutará del gozo sereno de todo aquello que ha sido “realizado” por el Creador (Gn 2,1-2) y por él mismo»²⁴.

²¹ QH, n. 108.

²² Cfr. HESS, K. y COENEN, L., «Servicio», en COENEN, L., BEYREUTHER, E. y BIETENHARD, H., *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, IV, Salamanca: Sígueme, 1994, 212-221.

²³ QH, nn. 113-120.

²⁴ QH, n. 114. Véanse Ex 20,8-11; 31,13-15.17; Nm 15,32-36; Dt 5,12-15; Ez 20,12.

El sábado, además, en la perspectiva propia del Deuteronomio, sirve para «recordar» (Dt 5,15) la esclavitud egipcia, de la que el Señor ha rescatado a Israel:

«El sábado es así “observado” (Dt 5,12) cuando es visto como el día de la libertad con respecto a cualquier forma de servidumbre, especialmente aquella que el ser humano se autoimpone con la idolatría. Poniendo un límite al propio trabajo, la persona demuestra concretamente su independencia de cualquier obligación externa. La libertad se expresará, pues, en el poder gozar de un tiempo gratuito, que huye del imperio del beneficio, ya sea de tipo económico o social»²⁵.

El documento también menciona las directrices que hacen referencia al «domingo», día del Señor, memoria de salvación, tiempo de oración gratuita y solidaridad, que tiene una dimensión «profética»²⁶ y que es anticipación simbólica de «los cielos nuevos y la tierra nueva» (Ap 1,10); a la regulación de la esclavitud y el jubileo y a la prohibición de la explotación y la especulación²⁷; a las leyes sobre el culto, que es un servicio o «trabajo» que realiza el hombre como siervo del Señor y que apunta a la vida como liturgia²⁸; y a las leyes sobre el ejercicio de servicios públicos como los que realizan los jueces, reyes, sacerdotes y profetas, los cuales no deben aprovecharse en beneficio propio de la autoridad que se les otorga:

«Tanto la Ley como la tradición profética y la sapiencial inculcarán el deber de la honestidad, del desinterés, de la búsqueda exclusiva de la justicia en el ejercicio de las tareas, especialmente cuando se trata de los indefensos. (...) en el Deuteronomio, a cada una de las categorías citadas se recomienda una virtud en particular: al juez la justicia, al rey la humildad, a los sacerdotes la confianza en Dios con la renuncia de la propiedad del suelo, y a los profetas el respeto de la verdad»²⁹.

El documento hace especial mención a la enseñanza sobre el trabajo de cada uno de los libros sapienciales del Antiguo Testamento³⁰. De hecho, esto es normal ya que, como se recuerda, la literatura sapiencial tiene como objetivo

²⁵ QH, n. 115.

²⁶ «Porque no solo afirma el primado absoluto de Dios, sino también aquella dignidad del ser humano que ha de prevalecer sobre cualquier otra razón económica y organizativa» (QH, n. 117).

²⁷ Ex 21,2; Lv 19,13; 25,39-40.43; Dt 15,12-15; 24,14-15; Jb 7,2; Si 34,27; St 5,4.6.

²⁸ Ex 3,12; 7,16; 12,25-26; 13,5; Nm 3,7; Dt 6,13; 10,12.

²⁹ QH, n. 119. Cfr. Dt 16,18-20; 17,8-20; 18,1-22.

³⁰ QH, nn. 123-128.

fundamental promover la vida³¹, y ahí el trabajo ocupa un lugar central. Como este breve estudio no se va a focalizar aquí, simplemente la sintetizamos en unas breves anotaciones. El libro de los Proverbios alaba la laboriosidad y condena la pereza, a la que tacha de estupidez o necedad³². Qoélet advierte, por su parte, de no sobrevalorar el beneficio de las obras, ya que estas están sujetas al principio de la vanidad³³. Job exhorta a evitar la ὑβρις, el orgullo, la altanería, la insolencia, y a guiarse por el temor de Dios³⁴. En el libro del Eclesiástico se afirma que las diversas profesiones aseguran el funcionamiento del mundo, esto es, que sirven para realizar el mandato de custodiar la creación³⁵. El libro de la Sabiduría, por último, advierte del peligro de construirse unos ídolos que, con impresión de vida y eternidad, no dejan de ser seres inútiles: la idolatría ha de reconocerse y repudiarse³⁶. Es este último uno de los temas de predicación habituales de los profetas y que está también muy presente en los Salmos³⁷.

En resumen, el trabajo es una actividad buena y beneficiosa: su resultado es deseable, es garantía de futuro y provee de honor. La prosperidad es una bendición. Pero, al mismo tiempo, es necesario estar atentos a la avaricia y a la exaltación: el trabajo ha de realizarse como servicio a toda la familia humana y no puede hacernos olvidar lo que es verdaderamente precioso y duradero. La clave última se encuentra, por tanto, en el corazón del que trabaja: puede haber mucha laboriosidad, ingenio y beneficios, pero un corazón no recto provocará injusticias, bajo pretexto de una acción buena o necesaria³⁸.

Cabe aquí una mención concreta a la relación entre el trabajo y la oración³⁹. El Eclesiástico dice que el mismo trabajo manual es ya oración y que toda profesión es buena en la medida en que expresa la relación orante con Dios⁴⁰. En los Salmos se refleja cómo es visto el trabajo a la luz de la relación con Dios: cooperación con Él, acto de alabanza, fatigoso, etc.⁴¹

³¹ Prov 3,2.18.22; 4,13; 9,11; etc.

³² Prov 6,6-11; 10,4.26; 11,16; 12,11.24.27; etc. Véanse también Qo 4,5-6; 10,18; Si 6,18-20; 11,10-11; 22,1-2.

³³ Qo 2,11.17-21; 2,23; 4,4.

³⁴ Jb 28,12.20.23-28.

³⁵ Si 38-39.

³⁶ Sb 13-15.

³⁷ Sal 115,4-8; Is 44,9-20; Jr 10,1-5.

³⁸ QH, n. 128.

³⁹ QH, nn. 121-122.

⁴⁰ Si 38,34; 39,5-7.

⁴¹ Sal 8,4.7; 18,35; 28,2; 44,2; 77,3; 78,42; 80,16; 89,22; 90,17; 95,5; 102,26; 104,23-24; 109,26-27; 119,73; 127,1-3; 128,1-4; 134,2; 138,8; 139,10; 141,2; 143,6.

1.4. *Trabajo y ministerio*

Lo poco que el documento dice sobre el trabajo en el Nuevo Testamento está relacionado, por un lado, con su carácter de servicio y, por otro, con el ministerio apostólico como trabajo⁴².

El documento recuerda el amor de Jesús por el trabajo⁴³ y cómo en su predicación, especialmente en las parábolas, sitúa su enseñanza en el contexto del ejercicio de las profesiones habituales de su tiempo: pesca, agricultura, ganadería, edificación, gobierno⁴⁴. También habla Jesús del deber de servir fielmente a aquel para el que se trabaja⁴⁵. Al mismo tiempo, Jesús llama a algunos a ejercer una profesión carismática en beneficio de todos⁴⁶. Lo que caracteriza a este ministerio es el servicio para una obra espiritual, un ministerio de enseñanza y curación, beneficiosa para toda la comunidad humana, cuyo fruto y salario son celestiales, y que ha de ejercerse como servicio gratuito y generoso. Este ministerio se «parece» a otros oficios, en la línea de la metáfora, por el hecho de producir frutos y/o esperar un salario como recompensa por la prestación⁴⁷. Pablo es puesto como ejemplo de gratuidad de este servicio apostólico, ejercido como *διακονία* en cuanto colaborador de Dios⁴⁸. Este servicio se expresa con las imágenes de la agricultura y de la edificación⁴⁹. Pablo, por otro lado, habla también del deber del trabajo manual como promotor de la paz y la caridad y como camino opuesto a la injusticia⁵⁰, y del fiel desempeño de los trabajos asignados⁵¹.

1.5. *Valoración conclusiva*

La exposición realizada hasta aquí ha buscado ofrecer las líneas maestras del documento de la PCB, agrupando las ideas del documento de una forma más sistemática. Como se ve por los temas y las citas, hay una gran predominancia del Antiguo Testamento. El n. 138 aglutina, en un apretado párrafo, muchos de los temas nucleares del pensamiento paulino: la predicación el

⁴² QH, nn. 135-138.

⁴³ Tanto él mismo como los discípulos ejercen un oficio: véase Mt 13,55; Mc 1,16-20; 2,14; 6,3.

⁴⁴ Mt 13,3.33.45; 20,1; 24,45; Lc 16,1.

⁴⁵ Mt 7,24-25; 8,9; 24,45-46; 25,21.29; Lc 17,10.

⁴⁶ QH, nn. 135-136.

⁴⁷ Mt 9,37-38; 10,8.10; 19,21; Lc 22,26-27; Jn 5,17; 9,4; 13,13-17; 2 Cor 11,7.

⁴⁸ QH, nn. 137-138.

⁴⁹ 1 Cor 3,5-9.10-14.

⁵⁰ 1 Tes 4,10-12; 2 Tes 3,10-12; Rom 4,4; Flm 8-17; Col 4,1; Ef 4,28; 6,9.

⁵¹ 1 Cor 7,21-24; Col 3,22-25; Ef 6,5-8; 1 Tim 6,1-2; Tt 2,9-10.

Evangelio, la gratuidad del servicio apostólico, el ejercicio del ministerio, la edificación de la Iglesia. Solo en las líneas finales de todo el número aparece mencionada la que, pensamos, es una de las claves fundamentales sobre la que debe construirse una teología paulina del trabajo:

«Buen conocedor de la tradición profética, compara el servicio misionero con una actividad agrícola y/o constructora, reconociendo a la vez que es siempre y únicamente Dios quien hace crecer la planta, mientras que solo Cristo constituye el sólido fundamento del edificio que es la Iglesia».

Los elementos que se van a proponer en el siguiente epígrafe buscan apuntar a las coordenadas de fondo, entre las que se encuentra el misterio de la Iglesia, sobre las que elaborar una teología paulina del trabajo.

2. ELEMENTOS PARA UNA TEOLOGÍA PAULINA DEL TRABAJO

Como ya hemos señalado al principio, no pretendemos aquí desarrollar la «teología de Pablo» sino ofrecer unas pautas con las que hacer una teología partiendo de las categorías paulinas. Lo que aquí se busca es delinear un marco, una visión de conjunto que, más adelante, sirva como referencia sobre la que seguir profundizando.

2.1. *El diseño eterno de Dios*

a) *Recapitulación en Cristo de todas las cosas*

Las realidades humanas encuentran su sentido más pleno cuando son vistas en el conjunto del plan eterno de Dios⁵². Las reflexiones paulinas tienen como trasfondo ese diseño del que se habla de un modo particular en el himno de Ef 1,3-14. Este texto remite a aquello de lo que ha hablado el Antiguo Testamento, pero visto ahora con la luz que arroja Cristo:

«Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda bendición espiritual en los cielos, ya que en él nos eligió antes de la creación del mundo para que fuéramos santos y sin mancha en su presencia, por el amor; nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por Jesucristo (...). Nos dio a conocer el misterio de su volun-

⁵² Cfr. BOVATI, P., «“Che cosa è l'uomo”...», 215.

dad, según el benévolo designio que se había propuesto realizar mediante él y llevarlo a cabo en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra».

Dicho con otras palabras: el plan eterno de Dios consiste en hacernos partícipes de su vida por medio de una presencia del todo particular en nosotros: la de su Espíritu (2 Cor 1,22). Este benévolo designio, revelado plenamente en Cristo y llamado a realizarse por él y en él⁵³, requiere de la fe para poder «alcanzar» al hombre (Rom 5,2). En el pensamiento paulino, la fe en Cristo juega un papel esencial, ya que es la puerta por la que el hombre accede a las bendiciones divinas (Gal 3,14): una fe que es apertura al Dios que se acerca benévolamente al hombre; una fe que nos ilumina sobre nuestra identidad más profunda y nos abre a ella, permitiéndonos, así, realizar nuestra vocación; una fe que conforma la entera existencia de la persona, su sentir y su obrar por la caridad; una fe que nos abre a los demás y es fuerza para obrar; una fe que nos hace concebir nuestra existencia como amor que es trabajo; una fe que da sentido a nuestra libertad, porque es guía sobre el origen, sobre la meta, sobre el camino y sobre los límites⁵⁴.

b) *La Iglesia, misterio de comunión*

En el corazón del edificio teológico paulino se encuentra el misterio de la Iglesia, que nos ha sido manifestado en Cristo (Ef 3,4-5). Este misterio termina por revelar al hombre su identidad profunda, su ser llamado al amor en comunión con Dios y con el resto de la creación, nuestra forma de ser hijos en la Iglesia, nueva creación (Rom 8,14-17)⁵⁵. Dios nos ha elegido en su eternidad para hacer de nosotros una familia de hijos en el Hijo y, por tanto, para hacer hermanos a todos los creyentes (Ef 2,11-22)⁵⁶. El acceso a la condición de hijos de Dios y, por tanto, de hermanos unos de otros, viene por la fe y el bautismo (Rom 6,3-4). En esta vida de hijos-hermanos se crece gracias a la cooperación con el Espíritu que ha sido derramado en nuestros corazones (Rom 5,5), y en cuyo centro se encuentra la Eucaristía (Rom 11,26).

⁵³ La Carta a los Hebreos se detiene con detalle en el sacerdocio de Cristo; la segunda Carta a los Corintios, en el ministerio de la reconciliación.

⁵⁴ SCHLIER, H., *Fundamentos*, 203-210; FITZMYER, J. A., *Teología de san Pablo. Síntesis y perspectivas*, Madrid: Cristiandad, 2008, 161-163.

⁵⁵ Cfr. CABALLERO, J. L., «Apuntes sobre la Iglesia como familia de Dios en el Nuevo Testamento», en PELLITERO, R. (dir.), *La Iglesia como familia de Dios*, Madrid: Rialp, 2010, 19-31.

⁵⁶ ALETTI, J.-N., *Eclesiología de las cartas de san Pablo*, Estella: Verbo Divino, 2012, 135-186.

La Iglesia es un misterio de comunión entre Dios y los hombres, entre los hombres entre sí y entre los hombres y el resto de la creación. La forma de realizar esta comunión es el amor, un amor que es «trabajo». No es esta una equivalencia vaga. Esto es lo que significa la fe que «obra» por la caridad (1 Tes 1,3; Gal 5,6; Flm 5). El trabajo-amor realiza la comunión y la expresa. La Iglesia ha de ser edificada (Ef 4,16). Es en la comunión donde se encuentra la clave de la plenitud de vida. El crecimiento en esa comunión solo es posible en la medida en que Cristo viva en nosotros por su Espíritu, de modo que tengamos sus sentimientos y su fuerza vital (Flp 2,5): solo por el Espíritu podemos llamar a Dios Padre (Gal 4,6; Rom 8,15), solo por el Espíritu podemos dejar de tener una existencia egoísta y vivir para los demás (Rom 14,7), solo por el Espíritu podemos llevar a cabo la tarea que Dios Padre nos ha encomendado: labrar y cuidar la creación (Rom 8,19-22)⁵⁷.

La comunión de la que habla san Pablo no es agregación. Una de las imágenes que usa Pablo para hablar de la Iglesia es especialmente ilustrativa: la Iglesia es un cuerpo en el que todos y cada uno de los miembros viven para el resto, y en el que todos reciben cohesión y fuerza vital de una misma cabeza (1 Cor 12,12-27; Col 2,19; Ef 4,15-16). Este cuerpo está llamado a crecer por medio de la caridad. Cada miembro crece en la medida en que pone al servicio de los demás sus talentos y se da con generosidad (1 Cor 12,7). Al hacer esto, todo el cuerpo se edifica (1 Cor 12,13). En la medida en que cada miembro vive y actúa así, Cristo reina en ellos. Cuando Cristo reine en todos, Cristo mismo someterá todo al Padre, para que Dios sea todo en todas las cosas. Esta es la vocación de la creación, de la que Pablo habla en términos de «plenitud» en Cristo y «recapitulación» en Cristo (1 Cor 15,28; Ef 1,10).

No se trata simplemente, por tanto, de que Cristo reconcilie a quienes estaban alejados y enfrentados (Col 1,20-21), sino de algo que va más allá y que se expresa en términos de «transformación» y «nueva creación» (2 Cor 5,17; Ef 4,24). Esto es algo que afecta a todo lo creado: la participación en la gloria de Dios, cada ser dentro de su propio orden (2 Cor 3,18).

Lo que se opone a este diseño divino es el pecado: un encerrarse orgullosa y egoístamente separándose de Dios y de los demás, con pretensión de autosuficiencia. El pecado rompe la dinámica de la vida, que se encuentra en la apertura y en la comunión y, bajo apariencia de dominio de la propia existencia, nos

⁵⁷ SCHLIER, H., *Fundamentos*, 163-186.

arroja en manos de la soledad y la destrucción: aprisiona la verdad en la injusticia (Rom 1,18). El pensamiento paulino tiene siempre de fondo la triste realidad del pecado y, por tanto, la dinámica entre la vida y la muerte (Rom 5,12-21). De ella se habla de un modo más sistemático en la Carta a los Romanos. Usando la imagen de la luz y las tinieblas, Pablo exhorta a vivir como hijos de la luz y a realizar las obras de la luz, que son las que llevan a la vida (Gal 5,16-25)⁵⁸.

2.2. *Sobre la comunión o κοινωνία*

Este es uno de los puntos centrales del pensamiento paulino. Hablaremos de él en tres subapartados, pero con la conciencia de que hay un aspecto común a todas las relaciones que se van a mencionar: la de la asimetría. Esto es, en las relaciones de amor, el amante está sometido al amado y viceversa, pero con un punto de gratuidad, provocada precisamente por la asimetría que hay entre ellos. La dinámica del amor está hecha de tal modo que amar no es simplemente dar algo o hacer algo por otro, o aceptar, sino darse, convertirse en don (1 Tes 2,7-9). Este es el designio divino. Así es Dios mismo. El amor es el que iguala a los que se aman. Es así que el trabajo no es tan solo manifestación de amor sino realización misma del amor, realización de la comunión en la que cada uno intenta hacer suya la voluntad de otro. El trabajo, desde este punto de vista, surge no de una relación de interés sino de una verdadera amistad, en su sentido más elevado. La Iglesia está llamada a ser una familia en la que todos sus miembros sientan y obren así (1 Tes 5,15; 1 Cor 1,10): esto es que «Cristo viva en mí» (Gal 2,20).

a) *La relación entre Dios y los hombres*

El contexto general en el que se sitúa la relación entre Dios y los hombres es el de la creación. El pensamiento de Pablo se construye sobre ese trasfondo. A partir de los relatos bíblicos y de las obras del judaísmo de su tiempo, Pablo desarrolla estas ideas: Dios, creador de todas las cosas (Ef 3,9), ha puesto su obra en las manos del hombre, pero mientras este no actúe como hijo, la creación estará sometida a frustración y vanidad por culpa de sus pecados (Rom 8,20); la libertad humana solo es tal en la medida en que no se use para hacer las obras que llevan a la muerte (Gal 5,13), y esto habla, por tanto,

⁵⁸ *Ibid.*, 44-59.

de unos límites en el actuar que, en el fondo, son salvación para el hombre; todo poder y autoridad provienen de Dios (Rom 13,1); en la medida en que el hombre viva lejos de Dios, perderá poder sobre el poder, y acabará esclavo de las fuerzas del mal y de los elementos (Col 2,8.20)⁵⁹.

Esta visión se amplía si tenemos en cuenta a Dios Trino. Pablo es profundamente trinitario (2 Cor 13,13): el Padre está en el origen con su diseño eterno (Rom 8,3-4); el Hijo obra los planes del Padre (1 Cor 15,25; Rom 3,24-26); el Espíritu habita en nosotros y actúa por la gracia (1 Cor 2,10; 12,13-14; Gal 4,6; Rom 8,5.9-11.14.15.26). La relación de Dios con el hombre y del hombre con Dios «es trinitaria». Es interesante ver lo que esto implica: en Dios hay una «división del trabajo», y esto ilumina el fenómeno de la división del trabajo humano y su lugar en la edificación de la comunión. El mismo actuar del Espíritu Santo con sus carismas nos habla de ello, al dar como quiere y según la capacidad de cada uno para que pongamos lo que somos y tenemos al servicio de todo el cuerpo (1 Cor 12,4-11).

Los escritos paulinos hablan de la relación entre Dios y los hombres en términos de padre-hijo y señor-siervo. En sus reflexiones sobre la Ley y la fe, Pablo habla de las bendiciones divinas como herencia de un padre a sus hijos. Son los unidos a Cristo los que se convierten en hijos de Dios Padre y, por tanto, en herederos de las promesas hechas por Dios; en concreto: la posesión de una tierra, una larga vida y una gran descendencia (Gal 3,6-29). Todas estas realidades, ya apuntadas en el Antiguo Testamento, reciben su luz definitiva en Cristo. Esto quiere decir que el hombre tiene como herencia la creación, pero como hijo; y que, en la medida en que actúe como tal, tendrá vida y podrá proporcionar vida (Rom 8,19).

Dios no ha hecho la creación ya «acabada». El mismo hombre tampoco está acabado, desde el punto de vista de que está llamado a crecer y madurar mediante el ejercicio de su libertad: el hombre es también «tarea para sí mismo» (Flp 1,9; 3,12-16; Ef 4,13). Son los hombres los que, poniendo de su parte, deben hacer que de la creación salga lo bueno: no habrá fruto si nadie la cultiva (Gn 2,5). De ahí lo apropiado de la imagen del hombre como jardinero o agricultor (1 Cor 3,5-9). Desde este punto de vista, el hombre es verdadero «siervo» de Cristo, δούλος (Rom 1,1), servidor, διάκονος (1 Cor 3,5), colaborador, συνεργός (1 Cor 3,9), ministro, ὑπηρέτης, y administrador, οἰκονόμος

⁵⁹ Cfr. GUARDINI, R., *El poder*, Madrid: Cristiandad, 1982, 73-81.

(1 Cor 4,1). El hombre ha sido llamado a concebir su existencia como servicio, como culto (Rom 12,1; Flp 2,17; 3,3; 4,18). Este servicio es cooperación con Cristo para volver a llevar todo al Padre, para que en Él todo alcance plenitud de vida (1 Cor 15,28)⁶⁰.

b) *La relación de los hombres entre sí*

Es en Cristo donde entendemos que el hombre encuentra la vida en la entrega de sí mismo por los demás. Es más, en la medida en que se dé con generosidad, se hará capaz de recibir más vida (2 Cor 6,11-13). Pablo desarrolla una teología muy experiencial (Gal 3,1-5). Lo que él ve y experimenta es que Dios ha creado un mundo «subordinado». El término griego que usa para expresar esto, el verbo ὑποτάσσω⁶¹, suele traducirse por someter o someterse. La traducción «subordinar» o «subordinarse», que es también propia del término, expresa mejor la idea de que todos dependemos del resto de la creación en algo y de que el resto de la creación depende de nosotros en algo. Dios ha establecido que haya unas relaciones de autoridad-subordinación, que dicen algo de Él, que dicen algo de la dinámica de la vida, que expresan lo que es el amor, que es entrega a aquel o aquello que se ama: así, a imagen de la Trinidad, hay una determinada relación de subordinación entre padres e hijos, entre señores y siervos, entre el esposo y la esposa, entre el hombre y el aire y el alimento, etc. (Col 3,12-4,1; Ef 5,21-6,9)⁶².

En esta línea, Pablo habla a menudo del servicio y cuidado mutuo⁶³. Este servicio se realiza no solo en el ejercicio de las diversas profesiones, sino, también, en el ejercicio del ministerio apostólico: en la predicación, en el ministerio de la reconciliación, en la organización de una colecta (2 Cor 8), etc. A través de este servicio se difunde el buen olor de Cristo (2 Cor 2,14-16). Para hablar de este servicio, Pablo usa las imágenes de la siembra (1 Cor 3,6-9) y la edificación (1 Cor 14,26). Una teología del trabajo debe pararse a explicitar todo lo que queda implicado con estas imágenes: que, aunque el hombre co-

⁶⁰ Cfr. GUARDINI, R., *Voluntad y verdad*, San Sebastián: Dinor, 1962, 119-124.

⁶¹ Cfr. DELLING, G., τάσσω (y derivados y compuestos), en KITTEL, G. y otros, *Compendio del Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, Grand Rapids, MI: Desafío, 2002, 1138-1142.

⁶² Cfr. QH, nn. 76-102.

⁶³ Cfr. CABALLERO, J. L., «La dimensión sapiencial de los escritos paulinos: sentido y práctica de la corrección», en DE VIRGILIO, G. (a cura di), *Da Gesù a Paolo. Evangelizzare la gioia del Regno*, Roma: Edusc, 2020, 236-237.

labora con su esfuerzo, el fruto no depende de él (1 Cor 3,6-7); que todo trabajo se realiza siempre como servicio a un tercero (Col 3,13-15); etc. Lo que importa aquí es lo que se quiere significar con estas profesiones, más que las profesiones en sí. De hecho, Pablo habla de que se debe acoger todo lo verdadero justo, amable, honorable (Flp 4,8). Lo mismo podría decirse del trabajo: su marca definitoria esencial es ser servicio a los demás. Luego, la vida concreta nos irá dando las oportunidades de servir de un modo u otro, de hacer tal o cual trabajo, de ejercer esta o aquella profesión.

Ya se ha hablado de la centralidad de la fe. Toda manifestación de amor entre los hombres parte de la fe. Gracias a ella comprendemos que nadie vive para sí mismo (Rom 14,7), sino para Cristo, y que ese vivir para Cristo es concebir la existencia como servicio a su Cuerpo místico (1 Cor 12,7). Esto es cumplir el encargo divino de cuidar de la creación. Esta unión entre fe, esperanza y caridad, queda expresada de una forma sintética en la primera Carta a los Tesalonicenses: «Sin cesar recordamos ante nuestro Dios y Padre vuestra fe operativa, vuestra caridad esforzada y vuestra constante esperanza en nuestro Señor Jesucristo» (1 Tes 1,3). En esta misma carta y en la segunda dirigida a la misma comunidad, Pablo mencionará, en relación con la fe y la esperanza en la resurrección, la necesidad de crecer en el amor trabajando honradamente, con constancia y con serenidad, huyendo de toda ociosidad (1 Tes 4,9-12; 2 Tes 3,6-15)⁶⁴.

En sus cartas, Pablo introduce normalmente una acción de gracias en la que habla de la centralidad de la fe, la esperanza y la caridad en el actuar cristiano: la fe transformadora, la esperanza que da certeza, la caridad que obra (1 Tes 1,2-3; 1 Cor 1,4-9; Rom 1,8-12; Flp 1,3-11; Col 1,3-8)⁶⁵. El trabajo del cristiano ha de tener estos tres pilares para ser verdadero trabajo. Este ha de ser uno de los puntos nucleares de una teología paulina del trabajo. En este contexto se entiende bien que el ministerio apostólico es un trabajo muy especial: gracias a la predicación es posible oír el evangelio y, por tanto, creer; gracias al ministerio de la reconciliación uno puede alcanzar de nuevo la paz con Dios, con los demás, con el resto de la creación, con uno mismo (Rom 10,8-15). En esta línea dice el documento:

⁶⁴ Cfr. TAYLOR, J., «Labour of Love: The Theology of Work in First and Second Thessalonians», en LOFTIN, K. y DIMSDALE, T. (eds.), *Work: Theological Foundations and Practical Implications*, London: SCM Press, 2018, 49-68.

⁶⁵ Sobre este actuar cristiano, cfr. GUARDINI, R., *Voluntad y verdad*, 130-146.

«Los profetas son testimonios, pero no artífices de la salvación. Realizan algunos “signos”, pero no crean la “realidad”, que es únicamente obra de Dios. Sin embargo, sin ellos y su “trabajo”, no se podría suscitar la fe en el corazón de las personas y la obra del Señor sería ignorada o rechazada. Los profetas antiguos, de los que Israel ha conservado los oráculos, tendrán como sucesores a los profetas de la nueva alianza, testimonios permanentes de la obra definitiva y perfecta, realizada por Dios en Cristo»⁶⁶.

La Iglesia es la familia reconciliada con Dios y entre sus miembros (Rom 5,10). Es el corazón del que se ha reconciliado con Dios el que se hace capaz de trabajar como acto de servicio. Se incluye aquí el servicio que se realiza directamente como acción de gracias y alabanza a Dios⁶⁷.

c) *Los hombres y el resto de la creación*

El libro del Génesis nos dice que la creación, fruto del trabajo de Dios, ha sido encomendada al hombre. Al hacerlo, Dios nos ha dado la capacidad de descubrirle en su obra y, al mismo tiempo, la capacidad de dar nombre a los seres, esto es, de penetrar en su esencia y, por tanto, secundar los planes divinos para con ellos (Gn 2,19-20). La creación es un movimiento de amor que surge de las profundidades de Dios, el cual, libremente, ha querido traernos a la existencia y hacernos partícipes de bienes y bendiciones (Gal 3,29): todo lo que Dios ha creado es bueno (1 Tim 4,4). Para cuidar de esos bienes y servirnos de ellos, para hacernos acreedores de esas bendiciones, debemos, imitando a Abrahán, confiar en Dios y confiarnos a Él, aceptando todo como don, no solo para cada uno de nosotros, sino para toda la familia humana, y asumiendo, como servicio amoroso, la tarea que se nos ha encomendado.

El hombre ha sido creado para trabajar, como Dios mismo ha hecho, y parte integrante de ese trabajo es guardar la creación, en el sentido explicitado por el documento de la PCB, y contribuir a que realice su vocación. La creación, de hecho, es hogar común, palestra en la que el hombre descubre a Dios Amor y en la que se realiza amando. Al hacer esto, se pone al servicio de la misma creación. El dominio que Dios ha pedido al hombre no es, en ningún

⁶⁶ QH, n. 134.

⁶⁷ QH, n. 120. Cfr., al respecto, las reflexiones de PIEPER, J., *Una teoría de la fiesta*, Madrid: Rialp, 1974.

caso, dominio despótico, dominio violento, motivado por el orgullo y la codicia (Col 3,5). Cuando ocurre esto, la misma creación deja de servir al hombre y, como dice Pablo, gime y sufre (Rom 8,22). Su vocación es ser también nueva creación. Y, para llegar a eso, Dios ha querido contar con la colaboración del hombre. Todo trabajo humano, por tanto, debe buscar servir a la creación en esta línea: que sea cada día más fuente de vida, que refleje cada día mejor el Amor y la Vida divinas.

2.3. *El trabajo como sabio ejercicio de dominio-servicio*

a) *La transformación del corazón*

Para que el hombre pueda trabajar secundando los designios divinos debe estar interiormente abierto por una fe operativa. El pecado ha encerrado al hombre en sí mismo. Y solo el Espíritu puede abrirlo. El hombre se pone en manos del Espíritu por la fe. Al creer, el hombre mismo comienza a ser nueva creación: empieza a sentir de otro modo, adquiere una fuerza que antes no tenía. Comienza a dejar atrás al hombre viejo y a renovarse por el Espíritu (Ef 4,22-23). El hombre en manos del pecado no es capaz de tener poder sobre el poder que Dios le ha dado (Rom 1,24.27). El pecado afecta tanto a la creación en sí misma como a la relación del hombre con ella. Tras el pecado, el hombre debe trabajar una tierra «maldita»⁶⁸ y debe también enfrentarse con la perplejidad que le produce su propio corazón (Rom 7,7-25). En la medida en que el hombre está encerrado en sí mismo por el pecado, su relación con ella está marcada por el orgullo y la codicia. Es más, el hombre puede llegar a ser tan necio, que destruya aquello que le da la vida.

Los escritos paulinos hablan, desde diferentes puntos de vista, de la necesidad de la transformación del corazón. Solo el que tiene dominio sobre sí mismo (Tt 1,8), en el sentido de tener una inteligencia no oscurecida y de ser dueño de su voluntad, puede hacer de su trabajo, sea el que sea, sabio dominio⁶⁹. Esto es algo que solo es posible cuando se coopera con la acción

⁶⁸ «Además, su lugar de trabajo ya no es el jardín, sino la tierra “maldita”, que “producirá espinas y cardos” y el pan solo podrá ser obtenido con “dolor” y “sudor” de la frente (Gn 3,17-18)». Esta afirmación, en todo caso, debe ser entendida según la intencionalidad del relato, ya que en otros lugares de la Escritura «se habla también de terrenos fértiles, comparables al Edén (Gn 13,10; Dt 8,7-8) y bendecidos por Dios (Dt 11,11-12; 28,3-5)» (QH, n. 109).

⁶⁹ Las Cartas Pastorales contienen diversas instrucciones tanto sobre las virtudes del que gobierna como sobre el ejercicio del gobierno.

del Espíritu Santo que ha sido derramado en los corazones por el bautismo (Rom 5,5). Es el Espíritu el que lleva de las tinieblas a la luz (Ef 5,8). Es el Espíritu el que abre el entendimiento humano y el que fortalece su voluntad (Flp 2,13). Es el Espíritu el que capacita al hombre para sentir las cosas de arriba y deseárselas (Col 3,1-3). Es el Espíritu el que ofrece al hombre los dones que le permiten relacionarse con el resto de la creación con prudencia y sabiduría (1 Cor 12,8-11.27-28; Rom 12,6-8; Ef 4,11-12).

b) *Todo poder y autoridad vienen de Dios*

El documento de la PCB recuerda que al hombre se le ha encomendado transformar la creación, guardándola. El hombre no es creador, aunque sí es «artífice creativo». El dominio que se le pide ejercer es en representación del Creador, pero aportando algo propio. Para ello, se le ha dado un poder, que va desarrollando, con el tiempo, gracias a la investigación y a la cooperación, y que es un desvelar la potencialidad que Dios ha otorgado a la creación, y una autoridad (Rom 13,1).

Esto quiere decir que el trabajo tiene unos límites, marcados por la aceptación del diseño u orden de Dios. Cuando esos límites no se respetan, se cae en la lógica del sinsentido y de la muerte (Col 2,13). Pablo habla de las personas que se sirven o aprovechan de otras con palabras duras (1 Tes 4,6). La Carta a los Romanos da una lista de aquello en lo que acaba el hombre que ha renunciado a aceptar a Dios como Señor. Las consecuencias son la pérdida del sentido hasta la necedad y la esclavitud o sometimiento a los instintos más bajos (Rom 1,18-32). Por tanto, para ejercer sabiamente el poder, el camino es el del amor y la humildad en su sentido más profundo. Así ha enseñado Cristo con su abajamiento (Flp 2,7)⁷⁰.

c) *El valor del tiempo*

En sus cartas a los Tesalonicenses, Pablo habla de un modo particular de la importancia de aprovechar el tiempo, de no estar ociosos, de trabajar seriamente (1 Tes 4,11; 2 Tes 3,6-12). El mismo Pablo ha dado ejemplo trabajando para mantenerse. Esta idea de aprovechamiento del tiempo tiene de fondo

⁷⁰ GUARDINI, R., *El poder*, 36-43.

un contexto escatológico: no sabemos cuándo llegará el «día del Señor» y, por lo tanto, hemos de redescubrir continuamente el valor del tiempo como continuo momento de salvación (2 Cor 6,2). Pablo usa la expresión redimir o aprovechar el tiempo (Ef 5,16). Así, el corazón sabio afronta la propia vida como trabajo, como tarea, dando también sentido de salvación a cada instante y a cada acción. El hoy y el ahora tienen un valor inusitado para el creyente. Hagamos lo que hagamos, lo que importa es hacerlo de corazón, por amor, con esperanza y movidos por la fe, con la conciencia de estar sirviendo no solo a los hombres sino al mismo Dios (Col 3,23).

3. CONCLUSIONES

Al final de este recorrido, pensamos que se puede afirmar que, en el planteamiento del documento de la PCB sobre el trabajo, aun dando prioridad el Antiguo Testamento, se contienen en germen los elementos sobre los que desarrollar una teología paulina del trabajo. En todo caso, esta teología no puede reducirse a un estudio terminológico, siendo esto también necesario⁷¹, o a una antropología. Y esta es una de las cosas que hemos intentado poner de relieve: ha de tenerse en cuenta como telón de fondo tanto la teología de la creación y, por tanto, el misterio de Dios, como la cristología, la eclesiología y la escatología. Todas estas áreas son diversas facetas de un único misterio. El trabajo, como todas las demás realidades, solo puede comprenderse a la luz del conjunto del misterio.

En relación con esto, cabe decir que los elementos apuntados han sido ampliamente estudiados desde diferentes puntos de vista en los tratados de teología. Sin embargo, pensamos que la clave está en su articulación. Por eso, hemos insistido en la importancia de ofrecer un marco general. Sobre él se podrán hacer luego estudios de detalle. Pero, sin esa visión de conjunto y articulada, los estudios de detalle no podrán ir muy lejos. La visión global la suelen ofrecer las teologías bíblicas. Las hay tanto del Antiguo y del Nuevo Testamento, en su conjunto, como propiamente paulinas. En un tiempo en que prima un cierto escepticismo sobre la posibilidad de hacer una teología paulina⁷²,

⁷¹ Cfr. HAHN, H.-Chr. y THIELE, F., «Obra, trabajo», en COENEN, L., BEYREUTHER, E. y BIETENHARD, H., *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, III, Salamanca: Sígueme, 1993, 188-198.

⁷² Cfr. DETTWILER, A., KAESTLI, J. D. y MARGUERAT, D. (eds.), *Paul, une théologie en construction*, Genève: Labor et Fides, 2004, 9-10.

es más fácil encontrarse con consideraciones teológicas sobre cada carta⁷³. Las teologías temáticas, dentro de su diversidad, suelen estructurarse según el esquema: misterio de Dios, antropología, cristología, soteriología, eclesiología, vida en Cristo⁷⁴. Las hay, en fin, que tratan un solo tema⁷⁵. A la hora de estudiar la antropología paulina, los estudios suelen centrarse en las reflexiones sobre el pecado, la Ley y la fe. No es posible encontrarse con un capítulo dedicado al trabajo. Pensamos que esto está en parte ocasionado por la forma de concebir la misma realidad del trabajo.

En definitiva, el documento tiene una visión amplia de la realidad del trabajo, pero focalizando fundamentalmente el Antiguo Testamento. Es necesario completar el cuadro profundizando en el Nuevo. En concreto, una teología paulina del trabajo debería construirse teniendo en cuenta el misterio de Dios Trino, la teología de la creación, Cristo y la Iglesia, la *κοινωνία*, las virtudes teologales y la escatología. El marco dibujado por los elementos de ahí extraídos permitirá comprender con profundidad y amplitud en qué consiste el trabajo humano.

⁷³ En esta línea, PRAT, F., *La Théologie de Saint Paul. Première partie*, 5ª ed., Paris: Gabriel Beauchesne 1913 (en español, *La teología de san Pablo. Primera parte*, México: Jus, 1947); BASSLER, J. M. (ed.), *Pauline Theology. I. Thessalonians, Philippians, Galatians, Philemon*, Minneapolis, MN: Fortress, 1991; LINCOLN, A. T. y WEDDERBURN, A. J. M., *New Testament Theology. The Theology of the Later Pauline Letters*, Cambridge: Cambridge University, 1993; BARBAGLIO, G., *La teologia di Paolo. Abbozzi in forma epistolare*, Bologna: EDB, 1999.

⁷⁴ En esta línea, SCHLIER, H., *Grundzüge einer paulinischen Theologie* (en español, *Fundamentos, op. cit.*); BOVER, J. M., *Teología de san Pablo*, Madrid: BAC, 1967; FITZMYER, J. A., *Paul and His Theology. A Brief Sketch*, 2ª ed., Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall, 1989 (en español, *Teología de san Pablo, op. cit.*); BECKER, J., *Paulus. Der Apostel der Völker*, Tübingen: Mohr, 1989; BARRETT, C. K., *Paul. An Introduction to His Thought*, London: Chapman, 1994; DUNN, J. D. G., *The Theology of Paul the Apostle*, Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1998; SÁNCHEZ BOSCH, J., *Mestre dels pobles. Una teologia de Pau, l'Apòstol*, Barcelona: Facultat de Teologia de Catalunya, 2003.

⁷⁵ En esta línea, PENNA, R., *L'apostolo Paolo. Studi di esegesi e teologia*, 2ª ed., Cinisello Balsamo: San Paolo, 1994; ÁLVAREZ VERDES, L., *Caminar en el Espíritu. El pensamiento ético de S. Pablo*, Roma: Editiones Academiae Alphonsianae, 2000; FEE, G., *Pauline Christology. An Exegetical-Theological Study*, Peabody MA: Hendricksen, 2007; ALETTI, J.-N., *Eclesiología de las cartas de san Pablo, op. cit.*; GRANADOS, J. M., *La teología de la reconciliación en las cartas de san Pablo*, Estella: Verbo Divino, 2016.

Bibliografía

- ALETTI, J.-N., *Eclesiología de las cartas de san Pablo*, Estella: Verbo Divino, 2012.
- BOVATI, P., «“Che cosa è l'uomo”. Il nuovo Documento della Pontificia Commissione Biblica», *La Civiltà Cattolica* 171 (2020) 209-220.
- CABALLERO, J. L., «Apuntes sobre la Iglesia como familia de Dios en el Nuevo Testamento», en PELLITERO, R. (dir.), *La Iglesia como familia de Dios*, Madrid: Rialp, 2010, 17-40.
- CABALLERO, J. L., «La dimensión sapiencial de los escritos paulinos: sentido y práctica de la corrección», en DE VIRGILIO, G. (a cura di), *Da Gesù a Paolo. Evangelizzare la gioia del Regno*, Roma: Edusc, 2020, 229-240.
- DELLING, G., τάσσω (y derivados y compuestos), en KITTEL, G. y otros, *Compendio del Diccionario Teológico del Nuevo Testamento*, Grand Rapids, MI: Desafío, 2002, 1138-1142.
- DETTWILER, A., KAESTLI, J. D. y MARGUERAT, D. (eds.), *Paul, une théologie en construction*, Genève: Labor et Fides, 2004.
- FITZMYER, J. A., *Teología de san Pablo. Síntesis y perspectivas*, Madrid: Cristiandad, 2008.
- GUARDINI, R., *El poder*, Madrid: Cristiandad, 1982.
- GUARDINI, R., *Voluntad y verdad*, San Sebastián: Dinor, 1962.
- HAHN, H.-Chr. y THIELE, F., «Obra, trabajo», en COENEN, L., BEYREUTHER, E. y BIETENHARD, H., *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, III, Salamanca: Sígueme, 1993, 188-198.
- HESS, K. y COENEN, L., «Servicio», en COENEN, L., BEYREUTHER, E. y BIETENHARD, H., *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, IV, Salamanca: Sígueme, 1994, 212-221.
- PIEPER, J., *Una teoría de la fiesta*, Madrid: Rialp, 1974.
- PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, «¿Qué es el hombre?» (*Sal 8,5*). *Un itinerario de antropología bíblica*, Madrid: BAC, 2020.
- SCHLIER, H., *Grundzüge einer paulinischen Theologie*, Freiburg: Herder, 1978; en español, *Fundamentos de una teología paulina*, Madrid: BAC, 2016.
- TAYLOR, J., «Labour of Love: The Theology of Work in First and Second Thessalonians», en LOFTIN, K. y DIMSDALE, T. (eds.), *Work: Theological Foundations and Practical Implications*, London: SCM Press, 2018, 49-68.